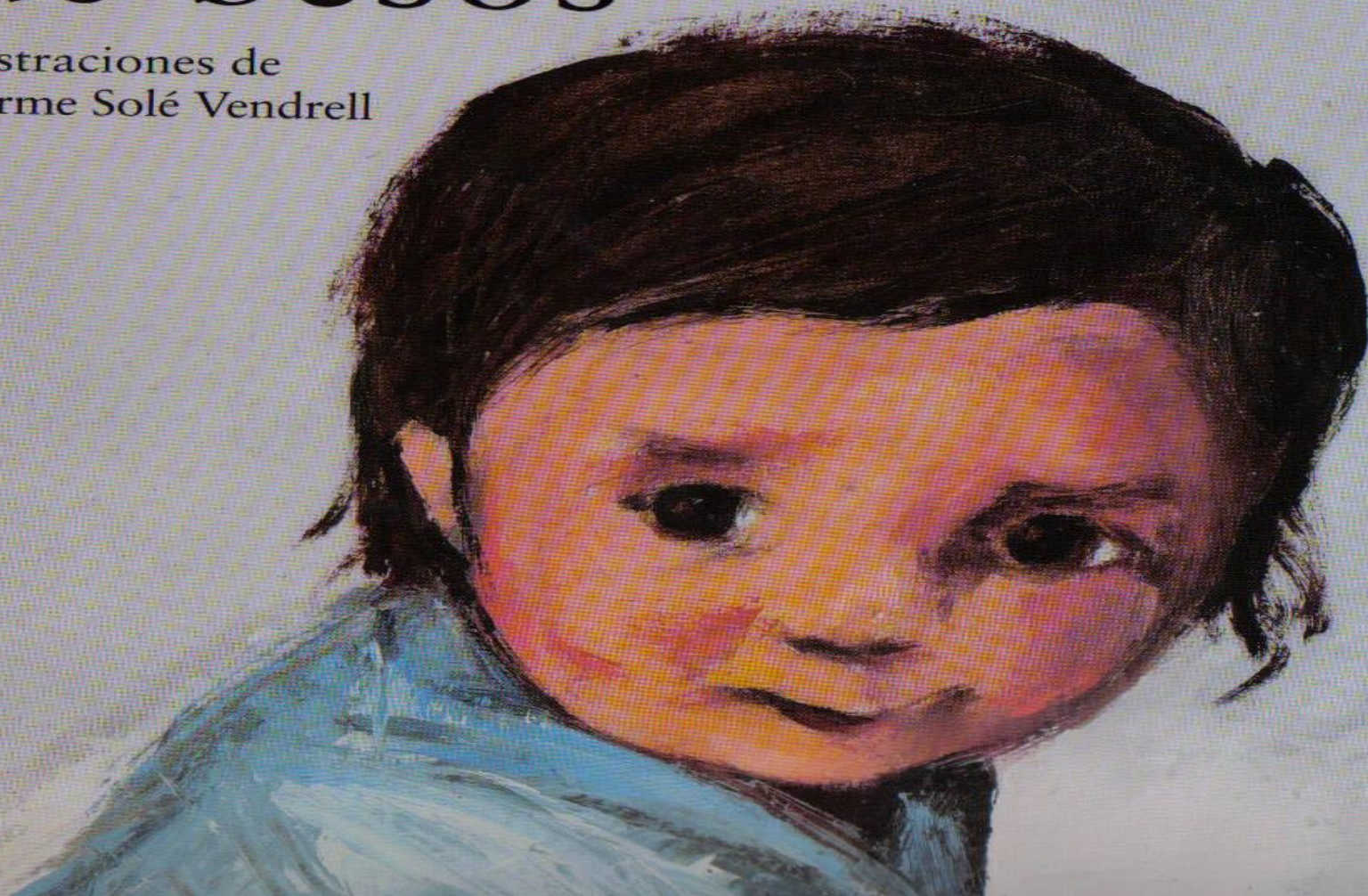


Antonia Rodenas

Un puñado de besos

Ilustraciones de
Carme Solé Vendrell



Un puñado de besos



Antonia Rodenas

Un puñado de besos

Ilustraciones de Carme Solé Vendrell



ANAYA

Libros del Rincón



*A todos los niños,
de los que aprendo día a día.*

A. RODENAS



*A Carla, hija de Antonia
y Enrique, con un montón
de besos.*

C. SOLÉ VENDRELL

Kati tiene una cajita llena de besos
y una gran sonrisa.
Cuando va al colegio,
siempre lleva alguno
en su bolsa del almuerzo.
Y su madre, al despedirse,
siempre le da alguno de más.
Ella sabe que es mucho tiempo
el que pasa en el colegio.

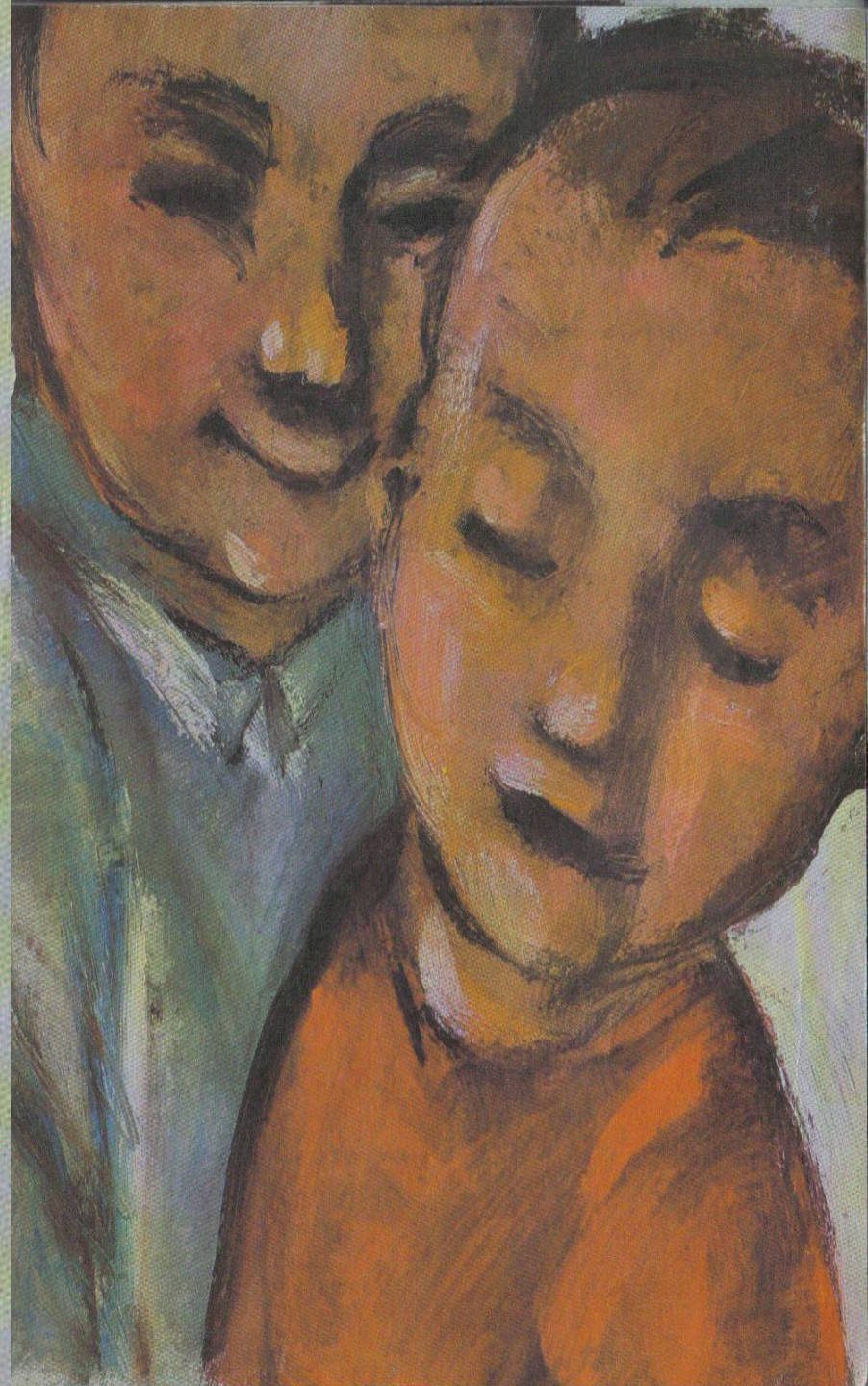


Todos sus besos son dulces.
Saben a fresa, a vainilla, a chocolate.
Y cuando a veces la sonrisa
desaparece de su cara,
Kati mete la mano en la bolsa y...
la sonrisa vuelve grande, radiante.



Kati tiene muchos amigos.
Uno de ellos se llama César.
César siempre lloraba
cuando su madre se marchaba.
Pero Kati le dijo un día:

—¿Quieres un beso de vainilla?
A César se le pararon las lágrimas
cuando la escuchó,
y notó un calorcito suave en su cara,
que acababa en un sonoro... muaaa.
Y así fue cómo César dejó de llorar.



Pero con Diego es diferente.
Es un peleón.
Siempre da patadas y,
cuando quiere algo,
lo coge sin más.
No importa que lo tenga Alicia, Juan,
ni siquiera el fuerte de Nicolás.



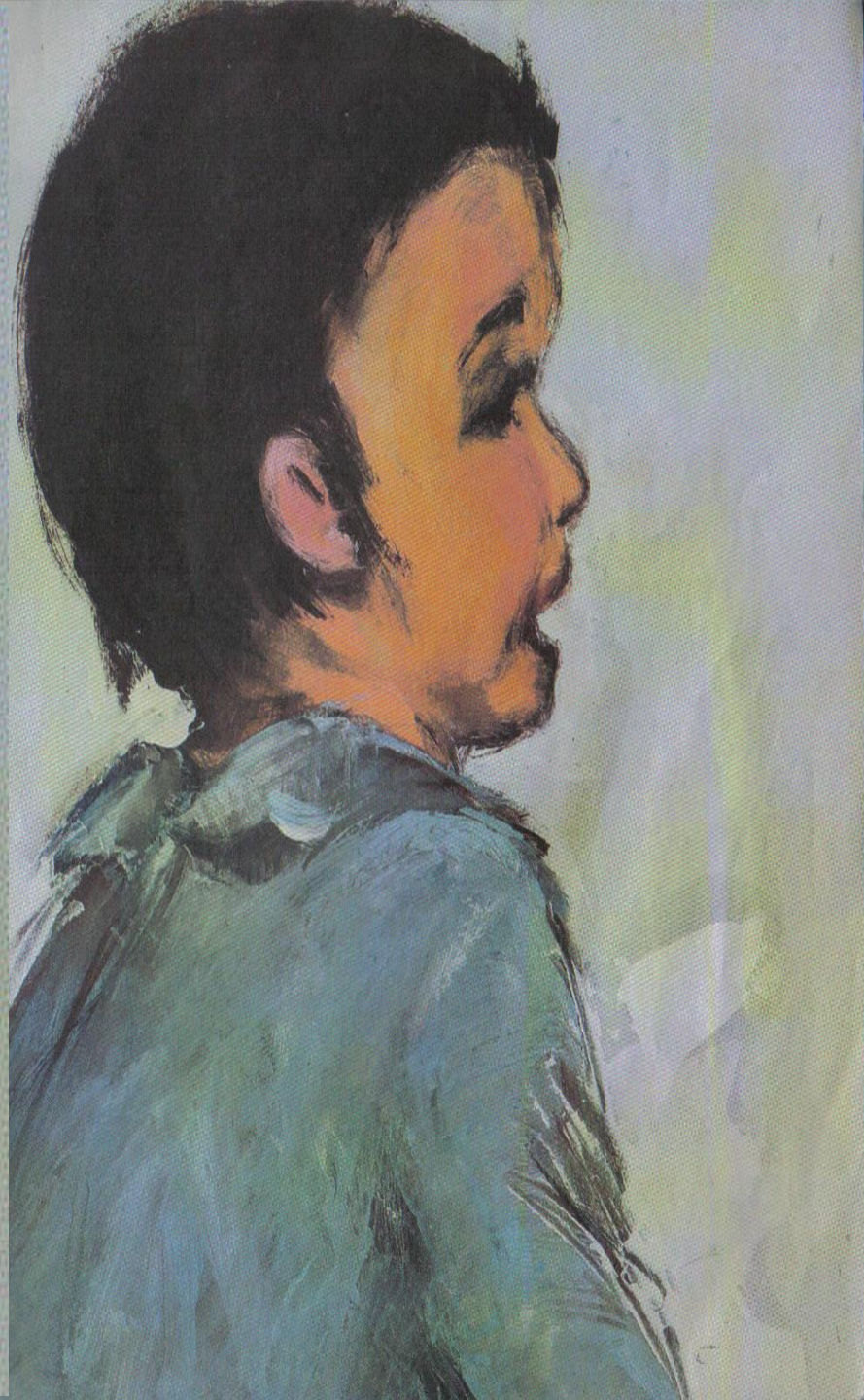
Por eso, muchas veces hay llantos en la clase,
y, mientras la maestra riñe a Diego,
Kati se acerca despacio y dice:
—¿Quieres un beso...?
Y siempre ocurre lo mismo.
Las lágrimas dejan de salir.
Es como si dijera unas palabras mágicas.



Una mañana, Diego fue hacia ella,
le dio un empujón y la tiró al suelo,
y tiró también su bolsa del almuerzo.

—¡Eres una tonta! —dijo Diego,
y salió corriendo.

Kati lloraba sentada en el suelo.
Las lágrimas caían por sus mejillas
como gotas de rocío.

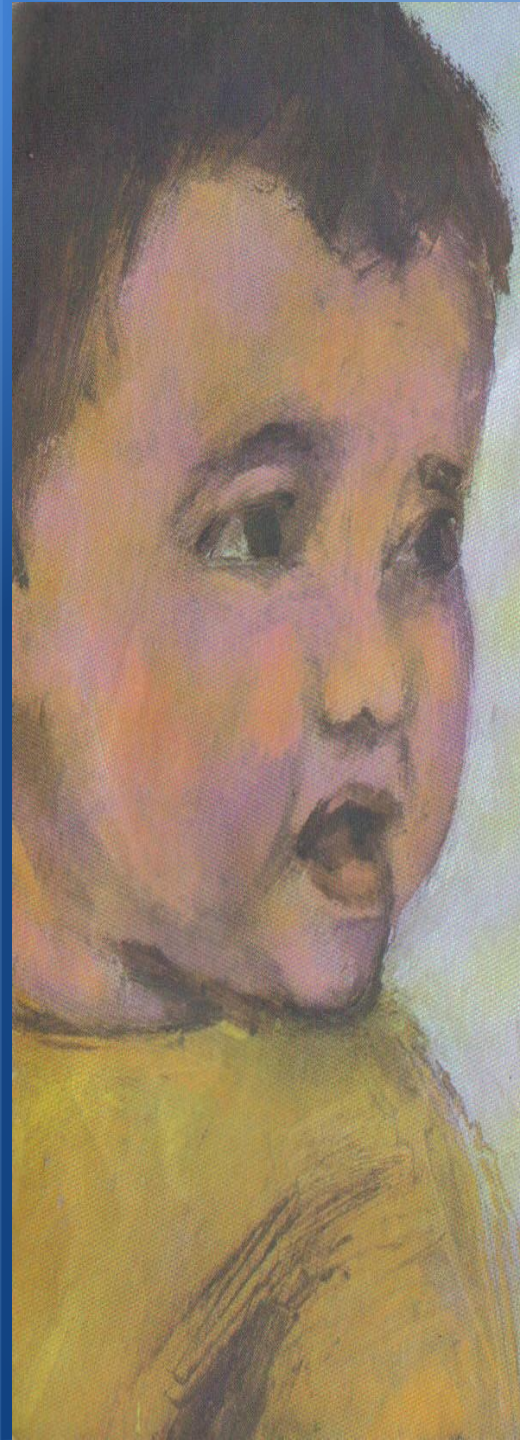


Pero César se dio cuenta;
también Juan,
Alicia, Alfredo y Nicolás.
Y fueron hacia ella.
Y le dijeron muy bajito:
—¿Quieres un beso de...?
Kati dejó de llorar.



Sintió el calor suave de sus besos
y, pasándose las manos por la cara, dijo:
—¡Qué suerte! ¡Vaya puñado de besos!
Todos estaban contentos.
Todos menos Diego, que se dio la vuelta...

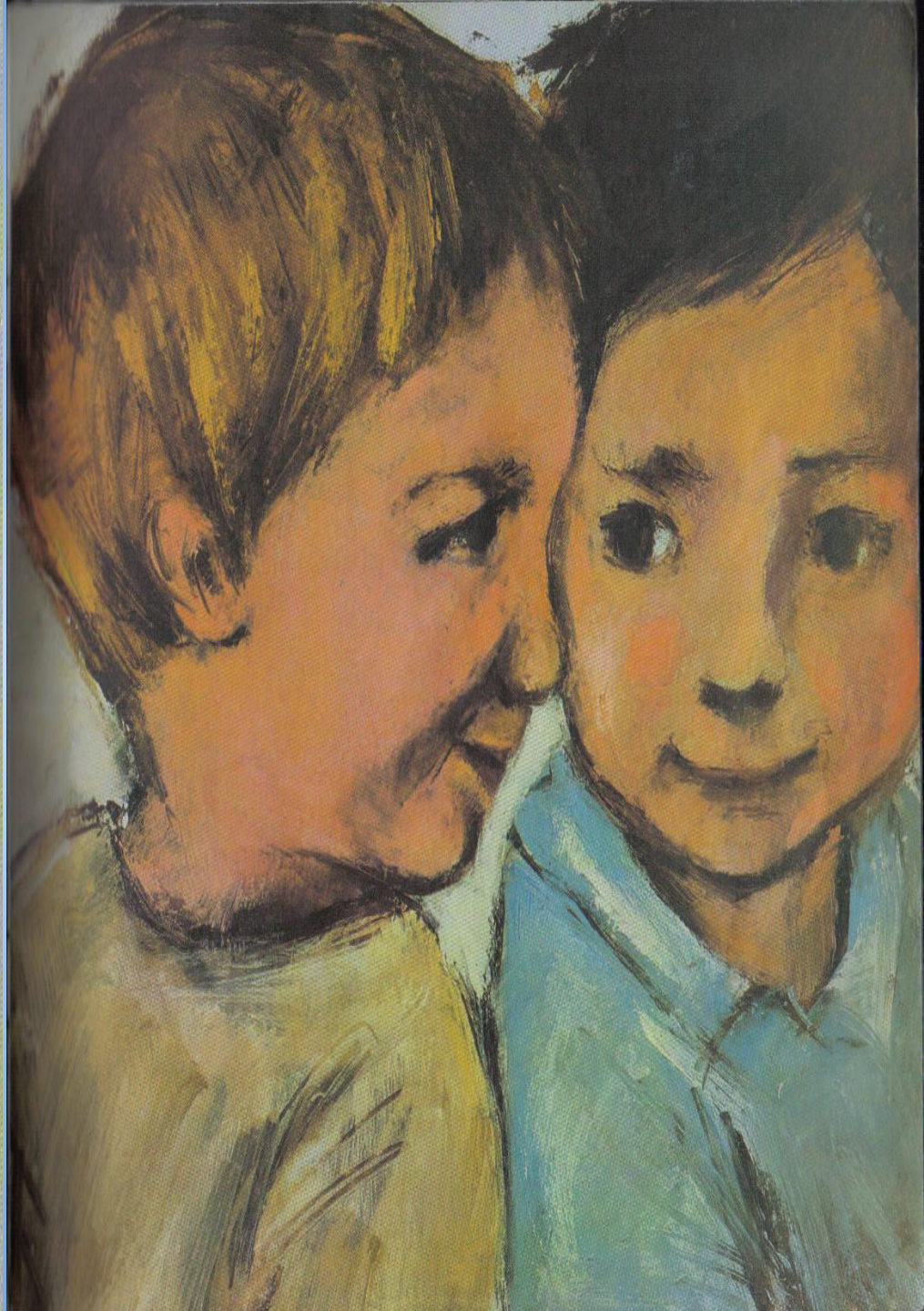




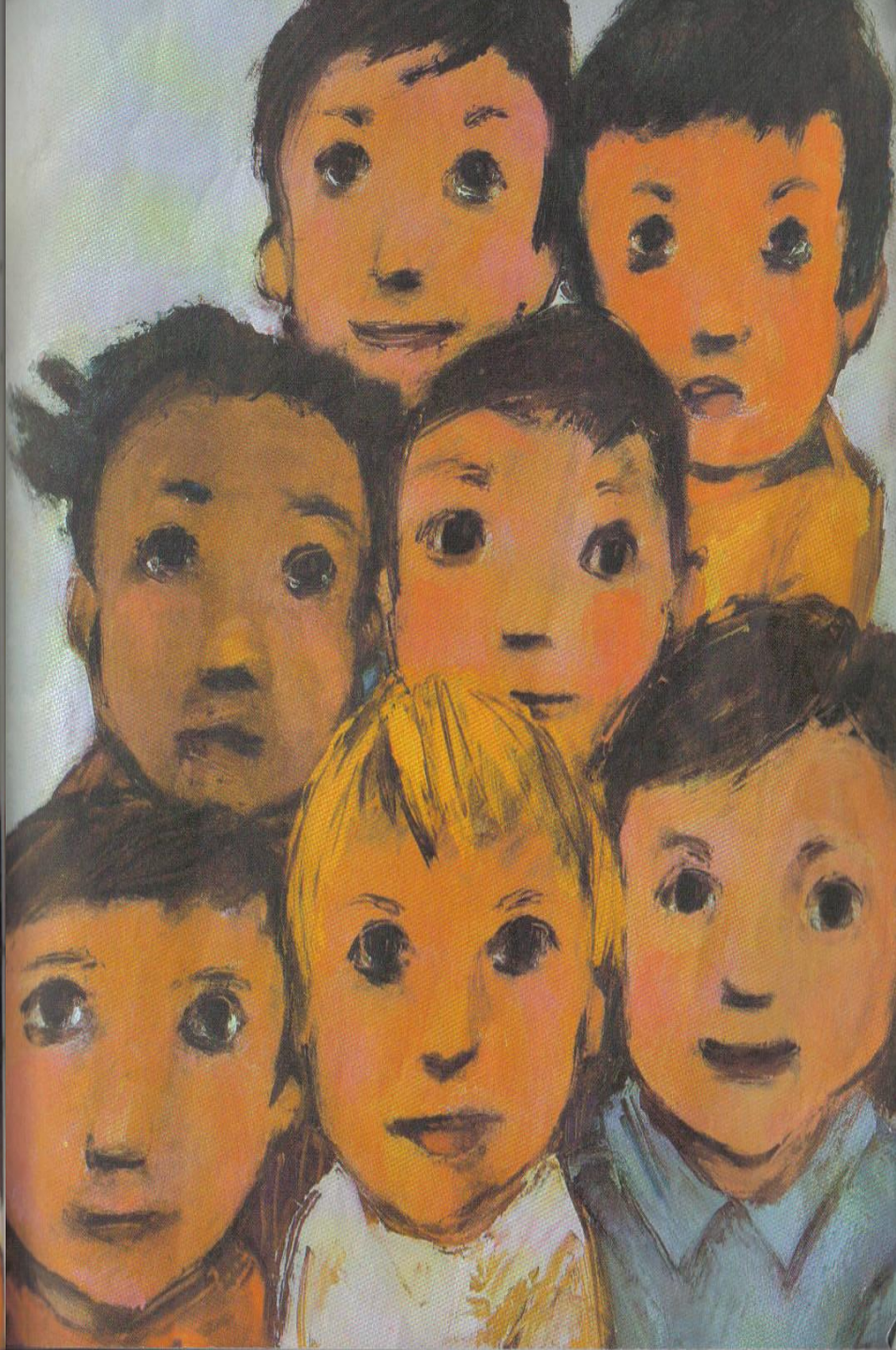
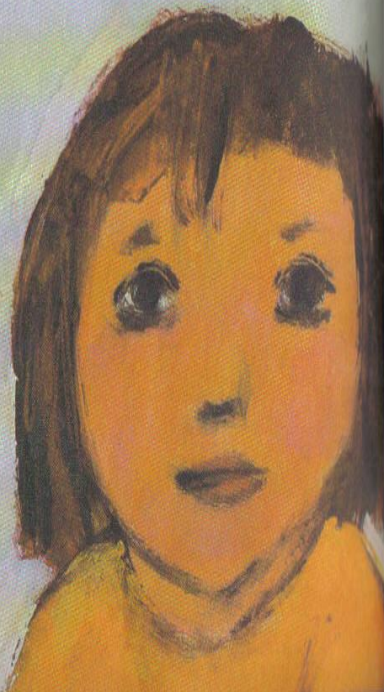
Y estaba solo.
Era como si se hubiera
perdido en medio
de un bosque oscuro.
Y se sintió triste.



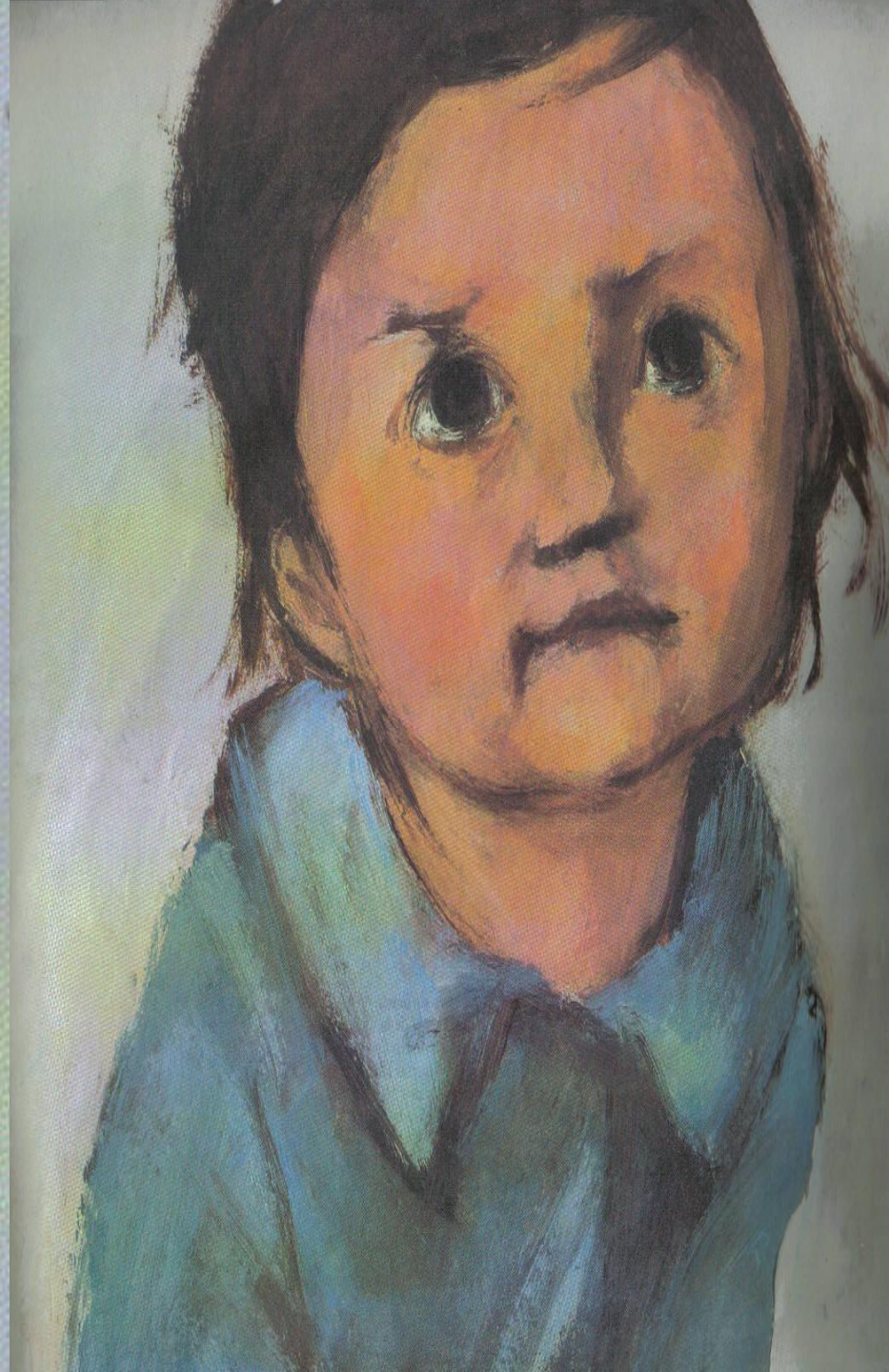
Fue de un lado a otro
sin saber qué hacer.
Entonces respiró fuerte.
Y se acercó despacio,
casi de puntillas.
Se sentó en el suelo,
cerca, muy cerca de Kati,
y le dijo al oído, como un susurro:
—¿Me perdonas? —y le dio un beso.
Kati sonrió y dijo:
—El tuyo sabe a caramelo —y le salieron
los colores a Diego.



La maestra se acercó.
Ya no estaba enfadada
y tenía ganas de cantar,
de contarles historias
de esas largas que contaba
cuando estaban
muy callados.



Aquella mañana hacía sol.
Kati se sentía feliz.
Tenía mucha suerte,
muchos amigos,
una cajita llena de besos
y una gran sonrisa.
Kati era rica. Muy rica.





Un puñado de besos
se imprimió por encargo de la Comisión
Nacional de Libros de Texto Gratuitos en
los talleres de Compañía Editorial Ultra, S.A. de C.V.,
con domicilio en Centeno 162 Local 2,
Col. Granjas Esmeralda,
Delegación Iztapalapa, C.P. 09810, México, D.F.,
en el mes de noviembre de 2005.
El tiraje fue de 86,942 ejemplares.

Pasitos al **aprendizaje**